

ALEXA BLEU

*Seremos  
libres*

SEREMOS LIBRES

ALEXA BLEU

*Seremos libres.* Alexa Bleu (2020)

Código de registro de Safe Creative: 2004213731827

Derechos de la portada: Pixabay

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

—Necesito salir de aquí, ya no aguanto más encerrada —manifiesto, dando vueltas por el salón de este diminuto piso.

—Pero si acabamos de empezar la cuarentena, Lucre —responde Bea, mi compañera de piso y mejor amiga, mientras se atiborra a Doritos, enganchada a alguna serie de Netflix.

La envidia. No le está afectando casi nada el encierro porque ella siempre ha sido una persona casera. Yo soy todo lo contrario; necesito salir a que me dé el aire, estar con gente o incluso asistir a clase, por muy extraño que parezca esto último.

Desde que el presidente del Gobierno declaró el Estado de Alarma hace casi una semana por culpa del virus, la gente no puede salir de sus casas, excepto para comprar comida, ir a la farmacia o pasear al perro, y en este instante me arrepiento de no haber adoptado uno, aunque la casera nos haya prohibido tener mascotas.

De pronto, una grandiosa idea se me viene a la mente. Voy directa a mi habitación, cojo papel y boli, y regreso al salón. Sobre la mesa que usamos para comer y que se halla llena de todo tipo de trastos, escribo lo que se me acaba de ocurrir.

*Soy Lucrecia, la vecina del 3°C. Me ofrezco como voluntaria para hacer la compra, ir a la farmacia a por medicinas o pasear a vuestro perro si sois personas de riesgo o con movilidad reducida. No pido nada a cambio. Podéis llamarme o mandarme un mensaje al móvil.*

Le enseño la nota a mi amiga, que se burla de mi desesperación, y abandono un momento la casa para pegar el papel en el espejo del ascensor.

Ahora sólo me queda esperar a que alguien contacte conmigo.

Cuando vuelvo al piso, la lavadora ha finalizado y voy a la terraza, que se ha convertido en mi templo desde que ha comenzado el confinamiento, para tender la ropa.

Básicamente mis días son bastante rutinarios. Por la mañana me levanto, desayuno, hago ejercicio y salgo a comprar el pan. Por la tarde estudio, aunque no sepa cómo va a acabar mi año académico, y veo alguna serie con Bea.

En fin... Un aburrimiento.

—¡Bea, ven, corre! —exclamo, asomada a la calle al terminar de tender.

Mi amiga viene en mi búsqueda con rapidez y las dos contemplamos cómo el vecino nuevo tira la basura en el contenedor con su elegancia.

—¿Tanta basura acumula todos los días él solo? —pregunto.

—Depende... —Bea frunce los labios, con la expresión de estar inventándose algo macabro—. Igual ha descuartizado a su exnovia y se está deshaciendo del cadáver poco a poco. —Ladea su cabeza en mi dirección y me dedica una sonrisa traviesa—. Ya sabes... Para no generar sospechas. Por ejemplo, ayer le tocó tirar un brazo; hoy, un pie; mañana, la cabeza...

—No creo. No tiene pinta de asesino.

Seguimos con la mirada al vecino hasta que se mete en nuestro edificio. Compartimos rellano y su terraza está justo al lado de la nuestra, así que todos los días lo veo un par de veces salir a fumarse un cigarro sin camiseta o leer un libro, dando un toque misterioso. Hace dos semanas se mudó aquí, pero no hemos entablado ninguna conversación; sólo nos hemos saludado con cordialidad.

—¿Y de qué tienen pinta los asesinos? —inquire Bea—. Los que parecen buenos, al final son

los peores. Tenlo en cuenta, futura criminóloga.

—Voy a intentar conocerlo cuando lo pille en la terraza. Tengo curiosidad por saber cosas de él.

A Bea se le escapa una carcajada.

—Tú lo que quieres es que se meta en tus bragas.

—También —le doy la razón, riéndome—. Estoy necesitada por culpa del confinamiento.

No voy a mentir; ese tío está muy bueno y supongo que tendrá un par de años más que yo. Una alegría para el cuerpo no me vendrá mal.

—Me temo que no puedes acercarte a un desconocido a menos de un metro —me recuerda, mirándome fijamente—. Y mucho menos mantener relaciones sexuales con él.

Suspiro, poniendo los ojos en blanco.

—Gracias por romperme la ilusión.

\*\*\*

Tras los aplausos de las ocho, me quedo esperando un rato más en la terraza por si el misterioso vecino da señales de vida, porque no ha salido ni un día a aplaudir.

Nuestro barrio es bastante tranquilo. Se encuentra en una zona apartada de Valencia, y la mayoría de vecinos son personas mayores o familias con hijos, así que no dan mucho la lata. Algunos, tras aplaudir, se ponen a cantar y a bailar desde sus terrazas o balcones, y yo me uno a ellos porque tengo que aprovechar el único momento del día que puedo socializar con gente que no sean Bea o mis padres (por videollamada).

Esta noche le toca a mi amiga preparar la cena con los pocos alimentos que nos quedan en la nevera. Mañana me encargaré de hacer la compra, y espero, de todo corazón, que haya papel higiénico, porque nos queda sólo un rollo.

El olor del tabaco inunda el ambiente, lo que significa que el vecino sádico ha salido a su terraza a fumar. Observo que se asoma a la calle, apoyando los codos en su muro, mientras que con una mano sujeta el cigarrillo con expresión melancólica. Me doy el privilegio de estirar mi cuello desde donde me encuentro para estudiar al chico de cuerpo entero. Lleva una sudadera, un pantalón corto de chándal y va descalzo.

De pronto, ladea su cabeza hacia mí, como si se hubiese dado cuenta de que me lo estoy comiendo con los ojos; enseguida aparto mi vista y me centro en observar el edificio de enfrente, fingiendo que no soy ninguna mirona de vecinos desconocidos y posibles asesinos en serie.

—Buenas noches, vecina —oigo una voz masculina grave, que me parece muy sexy.

Lo miro y le dedico una sonrisa. Él también sonríe y después exhala el humo del cigarro por la boca.

—Buenas noches, vecino —le respondo.

¿Le pregunto cómo lleva la encerrona? ¿O por lo que hace todo el día en su casa? ¿O por qué saca cada día la basura? Siempre se me ha dado fenomenal mantener una conversación con las personas, aunque no las conozca. De camino a mi facultad en el metro, nunca me he quedado callada y le hablaba al que tenía sentado a mi lado; no paraba de parlotear hasta que llegaba a mi destino, e incluso muchas veces me he despistado y he tenido que bajarme dos paradas después.

—¿Qué tal el confinamiento? —se atreve a preguntar, como si me acabase de leer el pensamiento.

—Regular. —Me río con tanto nerviosismo que parezco una tonta—. Estar enjaulada todo el

tiempo no es lo mío. ¿Y tú?

—No veo la diferencia entre la cuarentena y mi vida normal. Estoy acostumbrado a estar en casa sin que me afecte.

—Ah, qué bien. Te envidio un poco. Yo estoy deseando que se acabe esta distopía para irme de fiesta.

Lo hago reír con mi comparación. Después le da otra calada al cigarro y vuelve a echar el humo.

—Em... Esto... Mañana me toca hacer la compra. Si quieres que te traiga algo, no tienes más que pedírmelo —le propongo—. Un paquete de papel higiénico, harina, tabaco... Un paquete de preservativos para que uses con tu novia descuartizada, por si se te han gastado...

—No tengo novia. Rompí con ella porque me puso los cuernos con mi compañero de piso.

Me quedo sorprendida. ¿Cómo alguien puede serle infiel a este monumento? O a cualquier persona, en general. Yo no podría ni mirar a la cara a mi pareja.

—Lo siento mucho —le contesto con lástima—. Si te sirve de consuelo, ella no te merecía.

—Ya.

—¿Entonces no necesitas que te traiga nada del supermercado? —decido cambiar de tema.

—No, gracias. Tengo de todo.

—Vale, pues... —Enredo un mechón de pelo en mi dedo—. Voy a cenar. Ya nos veremos mañana en la terraza.

Se echa a reír.

Dios mío, su risa desprende tanta sensualidad que hasta creo que me estoy enamorando. Así, sin conocerlo ni nada. Muy bien. Puede que sea un psicópata que asesinó a su ex por ponerle los cuernos, y yo estoy aquí, charlando tan ricamente con él y creyendo en el amor a primera vista y en tiempos de confinamiento.

Sigo pensando que el encierro me está afectando de mala manera.

Tras despedirme del chico, que todavía no sé ni cómo se llama, ceno con Bea y le cuento la pequeña conversación tan bobalicona que he tenido con él. Mi amiga me dice que de esta situación puede surgir una bonita historia de amor entre vecinos, pero sin dejar de burlarse de mí.

\*\*\*

A la mañana siguiente, me paseo por el supermercado del barrio, buscando todo lo que ha apuntado Bea en la lista de la compra y lo que me han pedido algunos vecinos tras leer mi anuncio pegado en el ascensor. La mayor parte de la gente va con guantes, mascarillas y respetando la distancia de seguridad. Gracias a mi amiga y a su alergia, me he podido poner una mascarilla de las que tiene por casa, porque en la farmacia ya no quedan existencias por culpa de los borregos que fueron a comprarlas a montones. Se creían que se avecinaba el apocalipsis o algo así.

Ahora mismo sólo me queda coger el papel higiénico para marcharme. Me dirijo hacia el pasillo por donde se encuentra y descubro, a escasos metros desde donde estoy, que nada más hay un paquete y que el vecino sádico se está acercando a toda pastilla para hacerse con él. Yo corro una maratón, con la esperanza de ganarle la carrera, pero cuando llego a su lado, él me sonrío con socarronería y lo mete en su carrito.

—Has llegado tarde —me dice, en tono burlón. También lleva una mascarilla cubriéndole la boca, pero lo que más me llama la atención de su rostro son sus ojos azules.

—¿No decías que no te hacía falta nada?

—Anoche no necesitaba nada, pero hoy sí. —Se separa un metro de mí, porque estábamos muy cerca el uno del otro—. Hay que respetar la distancia de seguridad. Podrías pegarme el bicho, Lucrecia.

En este momento me queda claro que este tío es un psicópata. ¿Cómo sabe mi nombre si no se lo he dicho?

—O podrías pegármelo tú —contraataco—. Yo estoy sana.

—No lo sabes. A lo mejor eres portadora asintomática.

—O tú también.

Sé que está sonriendo por debajo de la mascarilla; sus ojos lo delatan. Sin embargo, no me hace ni pizca de gracia que me haya robado el papel higiénico.

—Nos vemos, vecina Lucrecia. —Se despide de mí con la cabeza y no tarda en desaparecer de mi vista.

Pues nada. Hoy me toca limpiarme el trasero con servilletas.

Una vez que llego a casa, la exagerada de Bea me abre la puerta, sujetando un trapo, lejía y gel desinfectante, y vestida con un disfraz de astronauta, como si pensara que le traigo la lepra en la compra. Me obliga a desnudarme en mitad del rellano (sólo permite que me quede con las bragas y el sujetador), y la dejo desinfectarlo todo mientras me doy una buena ducha de agua caliente.

—¿Por qué no has traído papel higiénico, tía?! —me pregunta de sopetón, al colarse en el baño y descorrer la cortina de la ducha; yo casi me resbalo por el susto que me ha dado.

—Porque sólo quedaba un paquete —le explico, enjabonándome el cuerpo—. Adivina quién se lo ha llevado.

—¿La vecina loca del quinto? ¿La que tiene veinte gatos?

—No. El vecino descuartizador.

Mi amiga permanece atónita durante unos segundos, y yo aprovecho para seguir duchándome.

—¿Cómo has permitido que te lo robara?

—Llegó antes que yo. Es idiota.

—¡Pues esto no se va a quedar así! —exclama, señalándome con su dedo—. Pienso lanzarle basura a su terraza. —Y se esfuma del baño, dando un portazo.

Salgo de la bañera, me envuelvo el cuerpo con una toalla y mi cabello negro con otra, y me meto en mi habitación con la intención de ponerme el pijama, pero un mensaje en mi móvil me interrumpe, así que lo cojo de mi escritorio y entro en WhatsApp. Descubro que el número no lo tengo guardado.

*Hola, Lucrecia, soy tu vecino. Como te has puesto tan triste cuando me he llevado el papel higiénico, he decidido dejarte seis rollos sobre tu felpudo (yo me he quedado con otros seis). No te preocupes, que no los he tocado y continúan metidos en el paquete de plástico. De nada.*

*Posdata 1: Tu número lo he cogido de la nota que he visto pegada en el ascensor.*

*Posdata 2: Límpiate bien.*

Mira qué considerado el descuartizador...

Tiro el móvil sobre la cama y corro hacia la puerta de la entrada, sosteniendo la toalla con una mano para evitar que se me caiga y que los vecinos me vean como mi madre me trajo al mundo.

Y ahí está el paquete con los seis rollos de papel higiénico, descansando en el felpudo. Echo un vistazo a la puerta de al lado, que se encuentra cerrada, y sonrío negando con la cabeza. Después entro en mi piso y le cuento a Bea lo que acaba de suceder, pero ella, como es tan

miedosa, se ocupa de desinfectar el plástico y le pasa a cada rollo un trapo por encima, por si da la casualidad de que el virus haya llegado hasta ahí.

Horas después, cuando ya se han terminado los aplausos, aguardo en mi terraza por si el vecino sale a fumarse su cigarrillo del anochecer. No lo he vuelto a ver desde esta mañana, ni siquiera ha ido a tirar la basura... Supongo que se le habrán acabado los miembros descuartizados de su ex.

—Buenas noches, vecina. —El vecino da señales de vida y no tarda en encenderse el cigarrillo con el mechero.

—Buenas noches, vecino —le respondo—. Gracias por el papel higiénico.

—No hay de qué. Debemos ser generosos en estos tiempos.

—Si quieres, te pago la mitad de lo que te ha costado.

—No hace falta. —Me mira y ladea media sonrisa—. Tu dinero puede estar contaminado.

—Oh, no creo. —Me entra la risa—. Mi amiga se encarga de desinfectarlo muy bien. Está obsesionada.

—¿Y vives con alguien más? Soy nuevo. No conozco a nadie en este barrio.

Esa información ya la sabía. Conozco su existencia desde que lo vi el primer día en esa misma terraza colgando la jaula de su canario.

—Vivimos las dos solas. ¿Y tú?

—Me he mudado yo solo. Necesitaba cambiar de piso cuanto antes cuando descubrí los grandes cuernos que me habían crecido en la cabeza —me cuenta, desviando la mirada hacia el bloque que se alza frente a nosotros, con el semblante entristecido.

Siento algo de lástima por él. Se nota que quería a su novia y que lo ha pasado fatal con ese tema. A mí nunca me han sido infiel; las dos parejas serias que he tenido a lo largo de mi vida han sido personas maravillosas y aún mantengo el contacto con ellas.

—¿A qué te dedicas? —inquiero con curiosidad.

Él me vuelve a mirar.

—Soy narcotraficante y sicario.

Me lo dice de una forma tan seria que hasta consigo creérmelo. Le pegan mucho esas profesiones con el aire misterioso que desprende; igual puede ser cierto que ha descuartizado a la exnovia infiel, e incluso me atrevería a decir que su excompañero de piso traidor tampoco ha quedado con vida.

Mi vecino se da cuenta de mi expresión de terror y se echa a reír.

—Era broma, Lucrecia. Soy graduado en Medicina. En enero me presenté al examen MIR y he conseguido una plaza en un hospital, aunque todavía no sé en cuál. Con todo esto que ha pasado del coronavirus, no sé cuándo empezaré la residencia.

¡Guau, un médico! Creo que me estoy empezando a sentir mal y necesito que me atienda.

Cuando se lo cuente a Bea después, estoy segura de que soltará algún que otro chiste vulgar.

—Pues ya sé a quién acudir si me enfermo de algo —suelto, y enseguida me muerdo la lengua. En cambio, al vecino parece que le he hecho gracia, porque se vuelve a reír.

—¿Y tú qué? ¿Estudias o trabajas?

—Estoy estudiando Criminología. Voy por el segundo año.

—Es una carrera interesante —me dice, y yo asiento con la cabeza, sonriéndole.

Durante lo que queda de noche, aprovechamos para conocernos mejor. Cada uno se trae su cena a su respectiva terraza para zampársela sentado en una silla bajo las estrellas, una escena que roza el romanticismo; yo me como la mitad de una pizza de jamón york y queso, y él, una ensalada



César. Bea se ha quedado dentro con la otra mitad de la cena, enganchada a Netflix, como siempre.

Con miedo a molestar a los vecinos, procuramos comunicarnos sin dar muchos berridos. Yo le narro lo que considero importante en mi vida, como cosas sobre mi carrera, anécdotas que me han ocurrido en la universidad, y le hablo de mis padres y de mi hermana de trece años, que viven en Ibiza y que estoy deseando darles un abrazo. Él me cuenta que sus padres murieron hace un par de años en un accidente de coche y que, desde entonces, no se ha permitido derrumbarse y ha conseguido salir adelante. No tiene hermanos, pero llama todos los días a sus abuelitos maternos porque los echa de menos. También me dice que lleva presentándose al examen MIR tres años seguidos y que se alegró un montón cuando consiguió una plaza en la tercera convocatoria.

Luego, de una forma más relajada y tras haber engullido la cena, nos ponemos a parlotear sobre nuestros hobbies, bebiéndonos un par de cervezas. Le cuento que me encanta salir de fiesta con mis amigos y que odio estar encerrada (aunque eso último ya lo sabía desde ayer); que me gusta cantar en todas partes, bailar y escribir historias de suspense. En cambio, descubro que él es todo lo contrario a mí porque le apasiona ver series durante horas, leer historias románticas y quedarse en casa jugando a juegos de mesa con sus colegas.

—Somos muy diferentes —le digo.

—He escuchado que los polos opuestos se atraen.

Ya ha oscurecido y no tengo ni idea de la hora que será. Tan sólo nos iluminan las luces de nuestras terrazas y la luna.

—En otras circunstancias habría intentado ligar contigo en alguna discoteca —confieso mirando el cielo, dejando que la brisa me acaricie la cara. Me he bebido un par de cervezas y mi lengua ha cobrado vida propia—. Habríamos bailado un par de canciones y, para finalizar la noche a lo grande, habríamos echado un polvo en la casa de alguno de los dos.

Escucho su risa supersexy.

—Lo veo imposible, porque yo no soy admirador de las discotecas. Más bien nos habríamos encontrado en el mismo supermercado un día normal y nos habríamos enfrentado para descubrir el ganador del último paquete de papel higiénico.

—Pero si eso es lo que nos ha sucedido, prácticamente. —Lo vuelvo a mirar y alzo mi tercer botellín de cerveza en su dirección; él hace lo mismo con el suyo—. Me gustas, vecino.

Por el amor de Dios, nunca he sido tan directa con un tío. Esto tiene que ser el encierro.

—Tú también me gustas, Lucrecia.

Brindamos en el aire, el uno mirando al otro, y bebemos un trago.

—Por cierto, aún no me has dicho tu nombre —le recuerdo.

—Romeo.

Al darle otro sorbo a la cerveza, tengo tanta mala suerte que me atraganto tras descubrir su nombre. Bebo un par de tragos más para mitigar la tos que estoy sufriendo, pero, de fondo, oigo las risitas malévolas de mi vecino.

—Es broma, ¿verdad?

—No —me responde—. Me llamo Romeo.

—Ohhh... Romeo, Romeo, permítame ser tu Julieta —me burlo, mi voz suena cantarina.

—En realidad seríamos Romeo y Lucrecia.

—¿Sabes que odio que la gente me llame Lucrecia? Prefiero que me digan Lucre.

—Pues a mí me gusta llamarte Lucrecia.

—Vale, venga. A ti te lo permito porque eres un tío majo y no puedo acercarme a ti para

meterte un sopapo.

De hecho, cada vez que lo escucho llamarme por mi nombre completo, siento un escalofrío en el cuerpo. Suena tan bien en sus labios...

Y yo estoy empezando a desvariar a altas horas de la madrugada.

—¿Os queréis callar ya?! ¡Que son las dos de la mañana! —Una señora de unos setenta años nos echa la bronca desde su terraza, que se encuentra arriba de las nuestras—. ¡Al final voy a tener que llamar a la policía! ¡Lleváis toda la noche molestando!

¿Las dos de la mañana? Se me han pasado volando las horas charlando con el vecino, que ha resultado no ser ningún psicópata que descuartiza chicas, sino un médico al que la vida no ha tratado de la mejor manera. O puede que quizá el tal Romeo se haya inventado esa historietita para que no sospeche de él porque quiere asesinarme y tirar los trozos de mi cuerpo al contenedor de basura.

—¡Lo sentimos, señora! ¡Ya nos vamos! —exclama Romeo, mirando hacia arriba.

La señora se encierra en su casa, y Romeo y yo decidimos imitarla, pero no logramos pegar ojo en toda la noche y continuamos con nuestra conversación por mensajes.

\*\*\*

Han pasado cinco días desde que empecé a hablar con el vecino. Tras los aplausos de las ocho, nos quedábamos en nuestras terrazas hablando de la vida, de tonterías, de cuestiones filosóficas y de series, pelis, canciones y libros. He descubierto que es fanático de Madonna, odia el chocolate, su cumpleaños es el 31 de diciembre (menudo día para venir al mundo), su color preferido es el amarillo y su película favorita es Titanic.

Y creo que me estoy enamorando, aunque me parece extraño, porque no hemos compartido tanto tiempo juntos, sólo unos días, y es imposible enamorarse de alguien de esta forma, cada uno en su terraza, sin tocarnos, sin besarnos, sin hacer el amor... Sólo mirándonos, dedicándonos sonrisas con un poco de tonto y enviándonos mensajes de WhatsApp cada cinco minutos. Puede que esté loca, pero sospecho que los sentimientos de Romeo también son recíprocos.

Mi amiga, en cuanto le conté que el vecino era doctor y que se llamaba Romeo, no tardó en soltar la siguiente frasecita vulgar:

—Romeo, Romeo, ponme una inyección por donde meo.

Y yo le lancé tres cojines a la cabeza, pero estuvimos desternillándonos durante un buen rato. Hasta creo que los vecinos nos estuvieron escuchando.

Falta poco para que sean las ocho de la tarde y ya se empiezan a escuchar los aplausos, así que Bea y yo salimos a la terraza para unirnos. No entiendo por qué aplauden un par de minutos antes; se supone que debería ser a las ocho en punto.

Romeo también se asoma, como lleva haciendo estos cinco días, y nos divertimos con los demás vecinos bailando y cantando. Una vez que todos se meten en sus casas, incluida Bea, me quedo a solas con Romeo.

—Te tengo que contar algo, Lucrecia —me dice, con una seriedad que me asusta, mirándome a los ojos desde su terraza.

—Dime, Romeo.

Cada vez que pronuncio su nombre, se me viene a la cabeza la rima que se ha inventado mi amiga y me tengo que aguantar la risa para no parecer una chalada delante de este chico.

Romeo suelta un suspiro. Hoy no se ha encendido su cigarro. Algo malo ocurre.

—Me voy —anuncia, al fin.

Frunzo el entrecejo, sin comprender a qué se refiere con esas dos palabras.

—¿Cómo que te vas? ¿A dónde?

—A Madrid, al hospital de IFEMA. Voy a echar una mano allí, porque no hay suficientes médicos para atender a todos los infectados.

—No puede ser... —susurro, con un nudo en la garganta—. ¿Cuándo te vas?

Que se marche justo cuando estaba empezando a sentir cosas por él no es nada justo. No obstante, lo entiendo; su trabajo consiste en salvar vidas y eso me hace pensar que este chico vale oro.

—Esta misma noche —me responde, y mi corazón se rompe un poquito más—. Un compañero me recoge dentro de unas horas.

Nos separan tres metros de distancia. Ojalá pudiera saltar hacia su terraza y abrazarlo y besarlo hasta que se marchase. O hacer algo tan simple como salir por la puerta de mi piso para tocar el timbre del de al lado. Romeo me abriría, nos fundiríamos en un abrazo y, entre besos y caricias, pasaríamos nuestras últimas horas juntos haciendo el amor.

Pero no podemos. Debemos ser responsables, sobre todo él, que necesita estar sano para curar a las personas. Yo puedo estar infectada sin saberlo, y jamás me perdonaría a mí misma ponerlo en peligro, y que encima le contagie el virus a sus pacientes y a sus compañeros de trabajo.

—¿Volverás? —inquiero, esperanzada.

—Por supuesto. —Esboza una bonita sonrisa—. Cuando acabe todo esto, pienso invitarte a cenar, iremos a donde quieras y te podré coger de la mano sin ninguna distancia de seguridad de por medio. Te pediré que seas mi novia, te besaré hasta quedarme sin aliento y te haré el amor durante una noche entera, así que prepárate.

Sonrío, y una lágrima desciende por mi mejilla.

—Te tomo la palabra, vecino.

Romeo permanece mirándome.

—¿Estás llorando, Lucrecia?

—Sí. —Me enjugo una lágrima con la mano—. Quiero darte un abrazo de despedida, pero sé que no es posible.

—Ya me lo darás.

—Más te vale regresar, Romeo —le advierto, apuntándolo con el dedo.

—Te lo prometo —me responde, sincero—. Te llamaré todos los días, ¿vale?

—De acuerdo.

Tras nuestra última conversación en persona, se mete en su casa para terminar de preparar su equipaje y, cuando transcurren un par de horas, recibo un mensaje de su parte, informándome de que ya se marcha. Entonces salgo al rellano y me quedo plantada en mi puerta, observando cómo sale de su piso con la maleta y con su canario. Romeo se detiene a un metro y medio de mí, me sonrío y coloca la jaula en el suelo.

—¿Cuidas de él hasta que regrese? —me pide, y yo no puedo evitar echarme a reír.

—Claro. ¿Cómo se llama?

—Felipito —me contesta, sin dejar de sonreír—. Nos vemos pronto.

—Te dedicaré mis aplausos todos los días.

—Y yo pensaré en ti. —Me guiña un ojo, y yo casi me derrito sobre el felpudo—. Te quiero, Lucrecia.

Me ha dicho que me quiere. Sabía que él también sentía algo por mí, aunque nuestra historia de

amor suena algo surrealista.

—Yo también te quiero, Romeo.

Después, lo veo desaparecer por el ascensor y deseo que el confinamiento llegue a su fin para que nuestra historia no se quede en el olvido.

FIN